

IGNACIO JÁUREGUI LOBERA

CONDUCTA ALIMENTARIA
Y SUS ALTERACIONES
EN LA PICARESCA
ESPAÑOLA



© Ignacio Jáuregui Lobera, 2007

Reservados todos los derechos.

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

Ediciones Díaz de Santos

E-mail: ediciones@diazdesantos.es

Internet://<http://www.diazdesantos.es>

ISBN: 978-84-7978-841-4

Depósito legal: M. 51.122-2007

Diseño de cubierta: Ángel Calvete

Fotocomposición e impresión: Fernández Ciudad

Encuadernación: Rústica - Hilo

Impreso en España

Índice

Prólogo	11
Introducción	15
1. Los Siglos de Oro: contexto sociocultural	21
2. La medicina en los Siglos de Oro	35
3. Literatura en los Siglos de Oro	45
3.1. Literatura renacentista	46
3.2. Literatura en el Barroco	51
4. La picaresca	57
4.1. El hambre en los siglos XVI y XVII	61
4.2. Marginación y locura. La conducta desviada	64
4.3. Alimentos y clase social	67
4.4. Hombres y mujeres en la picaresca	69
4.5. Nacimiento, apoteosis y agonía del pícaro	71
4.6. Clasificación de las novelas picarescas	72
5. Conducta alimentaria y sus alteraciones	75
5.1. El <i>Lazarillo de Tormes</i> . 1554.....	79

5.2. <i>Guzmán de Alfarache</i> . 1599 y 1604	97
5.3. <i>La Pícaro Justina</i> . 1605	127
5.4. <i>El Buscón</i> . 1626	152
5.5. <i>Rinconete y Cortadillo</i> . 1613	169
6. Reflexiones	175
Bibliografía	185

Prólogo

Este libro recoge sabidurías de siempre y las actualiza. La sabiduría no se improvisa, no quiere prisas. Necesita tiempo para hacerse, para tomar cuerpo. Y con más razón cuando se trata del comer y de sus problemas. El hambre, la gordura o el no querer comer siempre han interesado a la humanidad. Todo lo que tiene que ver con la ingesta de alimentos y con la digestión ha sido recogido en sentencias, en refranes populares, o en citas y literatura, por grandes y pequeños escritores. El simbolismo del comer está en medio del imaginario universal. En los pueblos se establecen paralelismos y semejanzas entre el carácter tacaño y el estreñimiento, y en las grandes finanzas todos conocemos a personas con hambre económica insaciable, que necesitan comerse a grandes o pequeñas empresas, a veces con objetivos no económicos o políticos, sólo por la necesidad de sentirse poderosas.

Nunca se sienten satisfechas, ni de comer ni de poseer. El hambre de ser reconocido es la clave de la actuación de muchas de ellas. Y así podríamos seguir encontrando incontables formas de coincidencia entre los sentimientos, los caracteres de las personas y sus conductas alimentarias.

Este estudio discurre lúcidamente por los caminos de encuentro entre el comer, los comportamientos humanos y la literatura, buceando en la creación literaria de los *siglos de oro* español. Y lo

hace de manera indudablemente ingeniosa, señalándonos el hambre que tantos españoles vivieron a lo largo de nuestra historia. Hambre trágica, sin paliativos, indicativa de tiempos tan difíciles para muchos en una época de tanto esplendor de lo español en el mundo, de tanta trascendencia universal para nuestra lengua y nuestra cultura.

Los pícaros, tantas veces hambrientos, son personajes que nos caen bien. Son tipos de referencia en nuestra cultura. Nos reímos con su ingenio y los compadecemos por sus dificultades y sus conflictos. Nos olvidamos de las artes que inventan para sobrevivir, para poder comer. Pícaros los ha habido siempre. La diferencia con los actuales es que con el tiempo han dejado de ser o de parecernos simpáticos. Los de ahora son los políticamente correctos, ya sean de la *derecha* o de la *izquierda*. O los financieros demasiado listos, o los que nos engañan poniendo buena cara. A todos estos es muy difícil detectarlos. Desde luego, no pasan hambre.

Sorprende la capacidad de anticipación de Quevedo, de Cervantes, de Mateo Alemán y de todos los escritores que nos han transmitido descripciones clínicas increíblemente ricas y precisas. La capacidad de observación de estos autores bordea la maestría. En este libro están recogidas referencias y citas sobre los síntomas y reacciones psíquicas, y las situaciones conflictivas que rodean al hecho de comer. Naturalmente el autor no se ha reducido al hambre. También aborda las diversas formas de alterarse la conducta alimentaria.

El libro es muy entretenido, y la riqueza literaria interesará a todo tipo de personas que se preocupan por los comportamientos y los problemas de los seres humanos. Ha sido escrito por un humanista en la línea de aquellos médicos que han enriquecido la escritura.

Sus reflexiones son enriquecedoras y sugerentes y ponen de manifiesto que la mayoría de la población no sabe comer. Los tópicos inundaban y desorganizaban algunas formas beneficiosas tradicionales de alimentarse. Los trastornos de conducta alimentaria son muchos y a veces preocupantes o extremadamente graves.

Estamos necesitados de libros como este, abiertos, cultos, con buen soporte técnico y científico.

Del contenido del libro me han llamado la atención, de manera especial, los capítulos referidos al *alimento* y *clase social*, y a la

marginación y locura. He disfrutado con el ingenio del Lazarillo de Tormes, los manejos de Guzmán, la capacidad para burlar y engañar del Buscón, y Rinconete y Cortadillo, de los que he aprendido mucho y he meditado mucho más.

Jaime Rodríguez Sacristán
Presidente de la Real Academia de Medicina de Sevilla

Introducción

La idea de este trabajo brotó tras el dulce despertar de un sueño. Y aunque bien es sabido que los sueños, sueños son, conviene escucharlos, oírlos y, en definitiva, sentirlos. Son un tesoro, algo muy particular, íntimo, y la mayoría de las veces, agradables y bondadosos, al menos cuando se está en paz. Y aun a riesgo de que algún avisado colega se dedique a interpretar (afición muy extendida incluso entre profanos) les contaré algo de mi sueño, ese sueño que hizo realidad lo que luego, si lo desean, leerán.

El caso es que...

Habiendo dejado Sevilla, tras adentrarme en tierras cordobesas, después de recorrer unas 46 leguas me hallé en una posada o, mejor, bodega de esas que atesoran unos vinos que llaman finos. Y nunca fueran mejor nombrados pues jamás probé caldo alguno que holgara el alma de aquella guisa. Y sólo les adelantaré que como yo nada sé de vinos, pues todos me están buenos al paladar, pronto descubrí que cuanto más oscuro era el que ofrecían más se alegraba mi espíritu. Y es que, como tesoros que son, más se parecen al oro cuanto más viejos llegan a ser, viniendo a dar así más calor a nuestras desdichadas vidas. Pero regresemos al principio, que no quiero entretenerles con lo que luego vendrá. Decía que allí me vi, dentro de aquel bodegón, sorprendido de su tamaño y del olorcillo peculiar que, lo que son las cosas, pronto empecé a

percibir en el estómago, que ante aquellos aromas daba señales de vida.

Casi al poco de llegar vi a Rincón bajando por unas escaleras, nos saludamos y me vino a decir que su hermano, Cortado, andaba por la trasera con todos los preparativos. Y así, mientras platicábamos, apareció el tal Cortado, como siempre, con una sonrisa que nunca se conforma y acaba en carcajada para recibir a los amigos. Sea como fuere, casi no lo reconocía pues jamás le había visto con aquellos vestidos que casi le confundían con los campos que nos rodeaban. Y es que la reunión, que él mismo había concertado, había de ser de pocas formalidades por tratarse de gentes del «oficio». Me dijo que ya estaba todo preparado, que había sido yo el primero en llegar y que habíamos de esperar a las gentes principales que venían de lejos. La reunión, como siempre, la presidiría Monipodio, pues no en vano era el más importante de nuestra hermandad y le llamábamos presidente. Y es que Monipodio era un maestro de maestros y pillastre donde los haya. Con grande pena me dijo que un maestro de Madrid había excusado su presencia pues andaba convaleciente después de que algún barbero hubiera hurgado por su espalda haciendo una faena que aún no sé si para bien o para mal.

Andábamos dando vueltas por la bodega cuando llegaron los extremeños y un par de malagueñas. Y al poco, otras de Sevilla, gentes de Valencia, de Zaragoza e incluso de esos que llaman montañeses que, digo yo, han de ser de lejos habida cuenta de tal nombre. No faltaron los besos y los abrazos que por el sur la gente dicen que es muy de tocar. Las alegrías se sucedían una tras otra pues la ocasión bien lo merecía. Una reunión de gentes del «oficio» era cosa de celebrar.

No tardó en llegar Monipodio, de oscuro vestido, como si llegara la misma noche, y con un aire de estar más allá que acá. Siempre iba así, son las cosas del saber y de los años de «oficio». Y al poco ya estábamos todos allí: Guzmán, Lázaro, Justina, Pablos, Sancha, Cabra, Teresa, Elena, Rufina, los ya mentados Rincón y Cortado y, al frente de todos ellos, Monipodio, el presidente. Y aún me dejó otros nombres que no por olvido sino por no cansar al lector pues, siendo todos importantes, la hermandad es lo primero y lo que ha de prevalecer y vivir. Que como hermanos valemos lo que cada uno, solo, no alcanza.

Así que ya todos en la bodega, mandó Monipodio coger asiento mientras él subía a la tarima, que es cosa de distinción que el orador esté un escalón por encima. Y tras recordar que cada uno de nosotros habíamos de departir todo cuanto en nuestra zona sucedía, disertó, muy brevemente, sobre la actualidad de la hermandad. Y si breve fue Monipodio, más breves fuimos los hermanos pues con aquellos olores nuestros estómagos pedían con cánticos que pusiéramos el finiquito a tanta retórica. Pues dicho y hecho. El olor de los caldos pronto quedó confundido con el del jamoncillo, el tocino y el queso viejo que habían puesto en unas mesas casi sin darnos cuenta.

Pero aquellos manjares de reyes habían de esperar a que laváramos nuestros estómagos con esos vinos finos que, como ya les relaté, fueron dando alegría a aquellas almas ansiosas de folgar. Eran Rincón y Cortado los anfitriones pero en la cosa del vino fue Rincón el maestro de ceremonias. Cortado, haciendo honor a su nombre, quedó algo retirado en estos menesteres que para eso él se dedica a otras faenas más tocantes al espíritu. Y, la verdad sea dicha, Rincón dio alegría a la mañana. ¡Qué maestría! Cuando catábamos el vino después de su plática ya estaba alegre el corazón y en llegando los efectos a la sangre (que digo yo, pronto debían llegar visto cómo crecía el gozo de todos) nos parecía estar más en un paraíso que en una bodega. Y aquel oro que nos daba era cada vez más puro. Yo aprendí mucho y pronto: cuanto más oscuro mejor. Hecha la ronda por todos los barriles fuimos como leones al jamón y al queso que con aquellos calores nos aguardaban sudando. Y ya se sabe que, en sudando, el olorcillo aún es más perceptible.

Poco duró el sofoco de los manjares pues fueron, en disciplinario desfile, de boca en boca para acabar dejando este mundo en menos tiempo del que aguardaron nuestra llegada. Aquello, lejos de calmar la reunión, no hizo sino despertar nuestro interés por las buenas viandas de esas tierras. Y como la velada era cosa seria y bien organizada, Rincón y Cortado habían previsto que fuéramos a calmar, de una vez por todas, aquellos desenfrenados apetitos en un pueblo no muy lejos de la bodega, digo yo que a unas no más de cinco leguas. Llegados allí, entramos en una salón y a mi me pareció estar enfrente de una nube pues era de tal blancura lo que veía que, de no saber que por esos lares las casas se aprietan de esa manera, hubiera creído haber llegado al cielo empujado por el vino, el jamón y

el queso. Y créanme que aquel pueblo, por su altura y su blancura era como el mismo cielo.

La mesa parecía cosa de gentes importantes. No faltaron la morcilla y las tortillas, una sopa, que por esas tierras llaman gazpacho blanco, abundante carne de puerco y muchas golosinas y piñones. Del vino no les cuento, pues si oro parecía el que me dio la bienvenida, rojo y recio fue el de la despedida. De esos vinos que, con pan, hacen mucha y buena sangre. La alegría, como ya llegados a este punto se pueden figurar, era incontenible y cuanto menos vino quedaba más alegre estaba la reunión y más sueltas las lenguas, que ya nadie las podía retener en su morada. Tras las ingeniosas palabras de unos y otras, se acordó, todos a una, que esas reuniones, por ser de buen aprovechamiento, habían de repetirse. Y la cosa no crean que acabó ahí.

Era tanta la ceremonia que faltaba aquello con lo que ya podíamos dejar este mundo habiendo gozado tanto en este. La cosa es que, en una especie de cueva, empezaron a sacar un licorcillo que en esa época ya tenía buena fama y mejor nombre. El posadero, con un hablar un tanto extraño, con mucho retintín, nos explicó que el secreto de aquella bebida estaba en una yerbas de la zona. Y, al igual que sucediera con los vinos que antes habíamos catado, dicho y hecho, también golosinamos aquella cosa. Sólo que, no se si serían las malas yerbas, ahora sentí que me ardía la garganta y no parecía que aquello fuese cosa de abusar.

Tras estas cataduras algunos colegas emprendieron la marcha pues, como les dije, llegaron de fuera y el «oficio» les requería al otro día muy de temprano. Yo, por mi parte, con aquel calor en la garganta puse final al corro y, como no es cosa de andar a malas horas por los caminos, me volví a Sevilla.

Contáronme luego que la alegría siguió sin que el tiempo fuera alguacil capaz de poner fin a tanta holganza. Y aún me han venido a contar que hubo buena cena y todos se entregaron a más vino y licores, pues al parecer todo lo anterior no había sido sino la puerta de entrada al paraíso. Y de brindis en brindis para acabar con cantes y bailes que, como dice mi amiga Justina, la mujer es bailarina y andariega. Ea, que para eso estamos donde estamos, decían los anfitriones.

Y hallándome sin dinero, consumido todo en cama, comida y viaje desperté...

Pasado el tiempo, estoy seguro de que he estado en Lucena y Rute, preciosos pueblos de Córdoba. Más no sé, a ciencia cierta, si fue sueño lo que viví o me vi en una reunión de las que llaman jornadas, o congresos si son de mayor postín. De eso no tengo certeza, pero sí puedo decirles que, sea como fuere, allí nació la idea. No me pregunten cómo, pero picaresca y trastornos alimentarios hicieron buen matrimonio en aquellas tierras andaluzas.

Y ya me despido. Esta obra, como reza el título de la *Pícaro Justina*, ansía ser, nada más, un *Libro de Entretenimiento*. Pero ¡cuidado!, no se confundan. El entretenimiento no les debe llevar a pensar que la obra está flaca de seriedad u oronda de frivolidades. Tómennlo como un juego de semejanzas y diferencias, luego reflexionen y, sobre todo, diviértanse. Que la vida nos suele dar más adversidades que fortuna y los males crecen a palmos. Y, por favor, no se pongan solemnes, que quien hace solemnidad de cada cosa de la vida no es de mucho fiar. Déjense llevar y que, como en mi sueño, al acabar de leer estén contentos y dueños de alguna bella idea. Gócenlo y recuerden siempre que no hay placer que dure ni humana voluntad que no se mude. Gracias.

Hemos visto como el protagonista, el pícaro, presenta una amarga estimación pesimista de los hombres dando un fondo de tristeza a las obras por la desestimación total que se hace de la vida. El pícaro ve la realidad desde el lugar en el que se ha colocado, con su turbia mirada sólo «ve» lo infrahumano; lo noble, bello y valioso de la vida pasa inadvertido. Hay realismo pero fragmentario, limitado a un sector de lo humano. Frente al espejo de la realidad el pícaro la percibe distorsionada. Precisamente por esto, una novela de Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*, no es considerada picaresca en sentido estricto por la simpatía y elementos de compasión que aparecen, que contrastan con la crueldad despiadada y la infinita antipatía de lo específicamente picaresco. Con el *Lazarillo* nace esa profunda acritud que llega al máximo en el *Guzmán* con un recelo sin límites que queda patente cuando se señala:

[...] todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el ratón y la araña para la culebra [...]

Y con Quevedo llegamos a la caricatura: las figuras estiran sus rasgos distintivos y se estilizan al máximo de forma estrafalaria. Así, haciendo referencia al personaje dómine Cabra podemos leer que «cada zapato podía ser tumba de un filisteo».

La picaresca no acaba con el *Lazarillo*, el *Buscón* y el *Guzmán*. Con Vicente Espinel llega la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, de autor anónimo encontramos la *Vida y hechos de Estebadillo González, hombre de buen humor* y, atribuido a Francisco López de Úbeda, el *Libro de entretenimiento de la Pícaro Justina*. En relación con esta obra, recientes investigaciones llevadas a cabo por Anastasio Rojo en Valladolid parecen llevar a que el autor de la *Pícaro Justina* no fue el médico López de Úbeda sino un dominico llamado Baltasar Navarrete, quien posiblemente usó a López de Úbeda como tapadera, dadas las características de la obra. Y al igual que *Rinconete y Cortadillo*, otras obras se consideran «asimilables» al género pero sin compartir sus características. Ejemplo de ellas son *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, y la autobiográfica *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del doctor Diego de Torres Villarroel*, que da forma a un estilo picaresco y castizo.

La novela picaresca influyó en la narrativa europea de la época, surgiendo obras del mismo género como *Moll Flanders* de Daniel

Defoe en Inglaterra, *Le Diable boîteux* y *Gil Blas de Santillana* de Alain-René Lesage en Francia o *Simplicius Simplicíssimus* de Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen en Alemania.

En el enjuiciamiento crítico de la picaresca se observan dos tendencias fundamentales. Una lo hace desde el punto de vista estrictamente literario, y la otra con un criterio positivista. Ninguna de ellas da respuesta a muchas cuestiones planteadas sobre la picaresca: ¿Por qué nació en España?, ¿por qué, siendo tan popular, no duró más que siglo y medio?, ¿qué la hace tan peculiar?, ¿cuál era su finalidad?, ¿por qué hubo un silencio tan grande entre el *Lazarillo* (1554) y el *Guzmán* (1599)? La tendencia crítica más literaria ve el origen del género en una simple evolución de las tendencias narrativas (perfeccionamiento o reacción) y en una transmisión de los contenidos por tradición. La corriente positivista ve el género como un resultado de las condiciones históricas y sociológicas que ya hemos reiterado. La decadencia económica, la penuria casi general y las aglomeraciones urbanas darán paso a la picaresca.

4.1 EL HAMBRE EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Aunque el especial protagonismo del hambre lo encontramos en el siglo XVII, muchos sectores de la población no alcanzaron las mejoras que la expansión supuso en el XVI. No obstante, será en el XVII cuando oleadas de vagabundos transiten por calles y plazas. El hambre aterrará a las clases menos favorecidas del Barroco, que son la mayoría y, así no es de extrañar su presencia en la literatura. Se ha dicho que el tema central de la picaresca es el honor y el hambre. Ciertamente hambre y honor no son incompatibles; de hecho, el pícaro quiere mejorar su posición social llegando a un estado honorable y ansía comer, a voluntad, un día tras otro. Por otro lado el pícaro parece tener claro que el honor sin pan es dudoso honor. Pero ¿qué entiende por hambre el momento en el que arranca la picaresca con el *Lazarillo*? El hambre, en la picaresca, es un afán de ingerir alimentos que repongan del desgaste del cuerpo por el ejercicio de sus naturales funciones. Por eso, en caso extremo, el pícaro se basta y se sobra con comer yerbas o raíces. Estas yerbas y raíces no eran sino hortalizas y tubérculos, que en el rango de los alimentos ocupaban la

peor categoría y que sólo usaban los ricos de forma excepcional. Si pensamos en la patata, no se impulsaría su cultivo hasta el XVIII y sería considerada con recelo por no ser un alimento para gente distinguida. El pícaro, sufriendo largos y penosos ayunos, no rechaza nada, ni siquiera el nabo, alimento menospreciado por la clase alta. Pero el pícaro lo que busca es «calentar el cuerpo» (búsqueda de alimentos hipercalóricos, diríamos ahora), algo que la tradición aristotélica ya dejaba claro al considerar el hambre como «apetito de cosa caliente y seca» y la sed como «apetito de cosa fría y húmeda». Se decía que los alimentos secos hacían buena sangre y sólida salud y, por ello, eran los más apetecibles (pan y carne). Precisamente esas comidas «secas» dieron lugar al uso del palillo que era, más que nada, un signo de haber comido bien, como corresponde a una determinada posición social. No era infrecuente usar el palillo después de no haber comido o haber tomado unas despreciables verduras. El hambre de la picaresca nada tiene que ver con el hambre ocasional, episódico, que pueden pasar todos, incluso los poderosos, en un momento determinado por fuerza mayor y que, desde luego, es remediable. El hambre del pícaro es como un achaque para todos los días de su vida salvo que ascienda de posición, lo cual, ya dijimos, aventura tras aventura jamás se logra. Y el hambre del pícaro tampoco es el hambre de los miserables que se amontonan por las ciudades de la época que con esfuerzo físico o humillación moral lograban, cada día, su mendrugo, al fin algo de alimento «seco». Tampoco el hambre del pícaro es el del indigente que vive de la limosna, pues aquél tiene algo más: o tiene «dineros» como los que le entrega la madre a *Guzmán*, o tiene lo recibido en herencia del padre como *Pablos*,... o, desde luego (mejor aún «y desde luego») tiene listeza, habilidad, mundo, «saber hacer». Con ello compensa la falta de bienes materiales.

El pícaro es un hambriento por insumisión, no quiere seguir el camino «normal» de trabajar para vivir y comer (en el *Lazarillo* de H. Luna, Lázaro dice: «porque siempre quise más comer berzas y ajos sin trabajar que capones y gallinas trabajando»); el trabajo no da lo que él pretende y para lograrlo bastan el «buen hacer» y la fortuna. El pícaro es un revanchista que lo demuestra en su forma de hartarse cuando llega el caso. El hambre integra la figura humana del pícaro, la sociedad en la que vive, el entorno amenazador de su existencia, el despliegue de sus habilidades y el desarrollo de sus conductas. Lo

«normal» era considerar que el hambre mermaba las facultades y por ello los menos favorecidos (pobres y trabajadores manuales) debían quedar excluidos de las tareas más elevadas. En la picaresca, la idea es la opuesta: el hambre aviva el ingenio, despierta la mente (*me hará luz el hambre*, dice Lázaro). La picaresca refleja una sociedad en la que quien consigue alimentos los «guarda» con avaricia para conservarlos y gozar de ellos. Así que el ingenio es necesario para dar con los alimentos sin que el «guardador» tenga noticia. Además se añade un plus de morbosidad en las acciones, como bien dice un refrán citado en la *Pícara Justina*: «Lo hurtado es más sabroso».

El protagonismo del hambre alcanza su máximo en la obra de Quevedo. La casa del licenciado Cabra es la mansión del *hambre viva* y el verdadero protagonismo es el de los mendrugos. Y en la escena de Pablos en casa de su tío, verdugo de Segovia, se muestra de forma fuerte y repulsiva el ansia de comer. El hambre ocasional al que hemos hecho referencia se ve en toda la novela picaresca (en el *Buscón* pasan hambre hasta los estudiantes ricos) pero el hambre del pícaro lo vemos en los buscones, en los criados ocasionales, en los pobres y en los pícaros propiamente dichos.

En fin, empezábamos diciendo que en el enjuiciamiento crítico de la picaresca la corriente positivista ve este género como el resultado de un mal social. Y es que hasta nuestros más ilustres literatos parece que padecieron lo suyo. Lope de Vega pidió una sotana nueva al duque de Sessa:

*Y no es importunaros
al hablar de mi sotana
pues tengo por cosa llana,
según es de agradecida,
que si os alaba rompida
mejor os alabe sana*

Y en cuanto a Quevedo, parece que no andaba sobrado para reformar la casa donde nació y que le dejaron sus antepasados:

*Es mi casa solariega
más solariega que otras
pues por no tener tejados
le da el sol a todas horas*

La penuria debió durar tiempo (se dice que hasta la segunda mitad del XIX el hambre fue la tónica de la mayoría de los españoles) pues Alejandro Dumas llegó a advertir: «En España el asado lo encontraréis en todos los libros de cocina pero no en cocina alguna».

La importancia de Sevilla en la época la hizo un lugar idóneo para las gentes de mal vivir, especialmente mendigos y pícaros. El puerto de Sevilla mantenía una actividad irregular con épocas de frenético trabajo y otras de «paro». En estos momentos se facilitaba la existencia de actividades «desviadas»: estafadores, revendedores, adulteradores de productos para ampliar el margen de beneficio... En la *Vida del escudero Marcos de Obregón* se hace referencia a los pícaros como «una especie de gentes que ni parecen cristianos, ni moros, ni gentiles». En su «oficio» contaban con organización y jerarquía, jerga propia (de la *germanía*) y «especialidades» (de cocinas, de puertos...). Junto a los pícaros, abundaban los mendigos. La ley los distinguía de los «vagos», que se negaban a realizar ningún tipo de trabajo. La mendicidad fue una constante de una sociedad en la cual el trabajo manual no gozaba de prestigio, incluso estaba mal visto. La caridad (*la sopa boba*) estaba institucionalizada, y fueron tantos los mendigos en Sevilla que, en 1597, el Cabildo tuvo que expedir licencias que habilitaran a un número determinado de personas para la práctica de tal actividad.

4.2 MARGINACIÓN Y LOCURA. LA CONDUCTA DESVIADA

Decir que entre los factores sociales ligados a las alteraciones psicopatológicas, la marginación y la pobreza lo son de primer orden no es nada nuevo. Hoy, que somos espectadores de masivas inmigraciones, vemos que la pobreza conlleva la marginación, la desvinculación y los desplazamientos. La aparición, desde ahí, de conductas «desviadas» es algo bien conocido. En recientes incendios de coches provocados en Francia, los noticiarios no dejaban de atribuir a la pobreza, la marginalidad,... estos comportamientos antisociales. Parece que muchas conductas desviadas son una respuesta a posiciones sociales determinadas. Cuando más se dan estos comportamientos es cuando, habiendo tenido la miel en los labios, una crisis económica,

por ejemplo, viene a devolver a su origen a aquellos que podían haber cambiado de estatus y ahora ven frustradas sus expectativas. Y cada tiempo y lugar ha tenido sus *desviados*, a veces no en contra de una falta de integración sino como postura de afirmación de unos valores diferentes, como ocurre con las pandillas, ahora tan de moda. También la no integración puede llevar a lo segundo y, por lo tanto, no se trata de caminos excluyentes hacia la desviación. Pero la delincuencia de grupos y pandillas nada tiene que ver con los pícaros, fundamentalmente individualistas («que cada cual se busque la vida»). La frase «Imperio sin pan» aclara mucho de lo ocurrido, como lo ilustra aquello de «pan de hoy, hambre para mañana». Del esplendor a la decadencia, eso fue lo que aconteció en el siglo XVII. En ese te doy y te lo quito perdió la clase menos poderosa y así, frustradas las aspiraciones, era lógico saltarse la norma. Al marginado no le vale seguir el caminito «normal» para mejorar su situación, por ahí no va a ninguna parte. El desajuste sujeto-medios-metas puede conllevar conductas desviadas en cualquier nivel social, incluso en clases altas cuando sus aspiraciones están por encima del límite (decir aquí «Marbella» resulta una ilustración). Pero en las clases menos favorecidas el desajuste es mayor, de naturaleza muy distinta: entre sus deseos y lo realmente accesible hay un abismo a mayor desajuste, mayor desviación.

¿Es el pícaro un desviado? Sin duda lo es, sale de casa, por necesidad o vergüenza, y se da al oficio. No importa que se parta de la necesidad (Lázaro, Pablos...) o de la hartura (Guzmán), la cuestión está, como hemos dicho, en el desajuste medios-logros. Frente a una sociedad que tras darlo todo (XVI) cierra sus puertas (XVII), el pícaro «triumfa» con cada éxito de sus artimañas frente a esa sociedad. Si no se llega por la recta vía, irán por la quebrada, la picardía. Pero ser pobre y no tener oportunidades no bastan para generar conductas desviadas. Hace falta que alguna meta, *socialmente aprobada por todos*, sea inalcanzable; entonces sí se producen más comportamientos al margen de lo normalmente consensuado como adaptado. En los últimos, no más de 30-40 años, algunos valores estéticos han sido sancionados como «lo mejor». La persecución de dichos valores hace adoptar muchas más conductas desviadas (y con ello patologías) que en toda la historia anterior de la humanidad, si hablamos naturalmente en términos de proporción. En el siglo XVII el éxito monetario

va indisolublemente ligado a valores sociales: honor, limpieza de sangre y, sobre todo, dinero, eran las claves para alcanzar el éxito. Hoy la belleza parece similar a aquello de la limpieza de sangre, es imprescindible y, además, debe quedar patente. El pícaro no alcanza la honra, que en esa época del XVII es rango, prestigio, abundancia, sangre «limpia», vida ociosa (el trabajo está mal visto). Deseo de prestigio, rango, abundancia,... que hoy impulsan a muchas personas a luchar contra su cuerpo para alcanzar la belleza con comportamientos desviados que le llevan a enfermar. La lucha está por lograr algo externo, convencionalmente establecido, pero que el desviado hace propio como inequívoco camino para lograr la felicidad. Quien en una sociedad no puede lograr los valores que se le proponen, queda al margen, es decir, marginado, excluido. Y algunos no se resignan y dirigen su conducta, por unos u otros caminos, a lograr lo que les resulta inalcanzable por medios «normales». Y a la búsqueda del éxito, que no es sino dar la talla en relación con lo socialmente establecido, se aplican a conductas que indudablemente resultan desviadas. Y aunque no puede hablarse de conducta desviada sin tener en cuenta los determinantes biológicos y psicológicos de los «desviados», estimamos que es lo social lo que determina la magnitud de un fenómeno de estas características: sin las condiciones sociales estaríamos ante comportamientos anecdóticos, como lo fue la anorexia, por ejemplo, durante siglos.

Frente a los determinantes sociales encontramos sujetos «conformistas», que para alcanzar los valores propuestos digamos que siguen caminos normales. Junto a ellos aparecen subgrupos con individuos «innovadores» (aceptan los valores pero tratan de cambiar los medios habituales, normales, para lograrlos), «ritualistas» (no creen en esos valores establecidos ni los desean como tales pero acatan externamente) y «retraídos» (no están de acuerdo con esos valores ni con los medios y se apartan). La desconexión entre el acatamiento de lo externo pero sin que aporte nada positivo, en la biografía convierte al pícaro en un «ritualista», aunque en algunos momentos observemos elementos de los otros subtipos. En fin, el acatamiento de los valores establecidos, por ejemplo estéticos, con una espartana disciplina en la puesta en marcha de medios (dieta y ejercicio por ejemplo) y sin que, realmente, se traduzca en nada positivo para los pacientes, recuerda a lo que se observa en la anorexia nerviosa. Y debemos dejar

claro que aunque se insista en que la anorexia aporta «algo» o «mucho» a quien lo padece, no compartimos la idea de que ese «algo» o «mucho» pueda calificarse de positivo. No hay más que ver la ruina personal a la que llegan muchos pacientes, incapaces de salir de su «estilo de vida».

Un hecho muy peculiar en el caso de las conductas desviadas es que el sistema en el que aparecen no suele luchar claramente por eliminarlas; como mucho se trata de limitar sus consecuencias (controlarlas) e impedir que se puedan propagar en exceso. La conducta desviada es síntoma del deterioro de un sistema pero, a su vez, mantiene y apoya el orden establecido contra posibles «rebeliones». A una sociedad de consumo que fomenta, sin duda, conductas desviadas, le interesa tener bajo control las mismas pero no su eliminación. De manera hipócrita siempre cabe apelar al libre albedrío, que lleva a «optar» por una conducta desviada o «normal». El problema no está en la sociedad o en el sistema sino en algunos individuos. Para ratificarlo siempre queda el recurso de la «disposición de algunos». No pensamos que un sistema desee crear conductas aberrantes, pero si surgen (y ello, desde luego, se fomenta) tratará de controlarlas de forma organizada, se buscarán dispositivos para ello. Al fin, esas conductas no reflejan sino las tensiones del sistema. El pícaro es un subtipo de desviado, como los hay muchos más en cada época, cuya conducta se mueve por el afán de alcanzar unas aspiraciones sociales desproporcionadas, improcedentes. Hoy en día, en los trastornos alimentarios lo que mueve, inicialmente, a quienes los padecen, es también algo ideal y, por ser ideal, inexistente: la perfección. Así nos lo recordaba hace poco un paciente:

Estoy harto de soñar con ser quien no soy. Estoy harto de no poder trabajar porque mi mente desea ser otro, un perfecto, un tío alegre, amable con todo el mundo, delgado, buen cuerpo, fibrado y atlético, atractivo a los ojos de todos y amado por todos.

4.3 ALIMENTOS Y CLASE SOCIAL

La comida como símbolo de distinción social parece que no admite mucho debate, es algo conocido y aceptado. Cuando se analizan

los factores socioculturales involucrados en la eclosión de trastornos alimentarios acontecida en el último tercio del siglo XX hay que remontarse a finales del XIX e inicios del XX para comprender algunos cambios que fueron gestando lo que se avecinaba. En lo que se ha llamado la *época victoriana*, la mesura y abstinencia en la mesa eran el pasaporte para ser aceptado en una clase media que iba creciendo. Que la cosa iba ligada a la clase social no hay duda, como señala Marchand al citar las palabras de Lord Byron:

Una mujer jamás debiera ser vista comiendo o bebiendo, a menos que se trate de ensalada de langosta y champaña, las únicas viandas femeninas y convenientes.

En el siglo XVII el despliegue de alimentos es signo de poder social y, por ello, objetivo del pícaro. El pícaro alterna ayunos con hartazgos por el insuficiente comer de la mayoría en el citado siglo y la aproximación al poder (*¡comamos como condes!*) en cuanto hay ocasión. Sus atracones, su excesos contra la salud, no son sino revanchas de un desviado que actúa *contra natura*. La despoblación en el campo con la consiguiente llegada de *hambrientos* a las ciudades, puso en contacto el hambre con el exceso de algunos poderosos, de los que los desheredados ahora eran vecinos.

Pero, como siempre, el sistema tiende a regularse volviendo al equilibrio, en este caso a la situación previa que hace de los alimentos una clara señal de distinción social. Así surgen en el teatro algunas manifestaciones que no dejan lugar a dudas:

*Porque el vestido y comida
su gente empobrece y daña.
Dadme vos que cada cual
comiera como quien es,
el marqués como marqués,
como pobre el oficial.*

Un hecho curioso es que en los siglos XVI y XVII los preceptos de carácter preventivo que llegaban desde la medicina fueron más asimilados como elementos morales o sociales que como recomendaciones médicas. Un ejemplo del poco sentido médico que adquirieron algunas observaciones lo tenemos en el hecho de que en las mesas de

los poderosos aparecen utensilios para lavarse las manos; por supuesto no en las de los pobres. Y vemos la paradoja higiénica que se produce: en las mesas donde hay cubiertos (las de los ricos) no es preciso lavarse las manos, pues el cubierto impediría ensuciar la comida con las manos. Y sin embargo se las lavaban pues tenían sus recipientes para ello. El pobre, que comía con las manos y a lo sumo la cuchara, se las tenía que lavar pero no había donde. Así que el cubierto, el lavarse,... pasan a ser signos de distinción que nada tienen que ver con la higiene

Y en cuanto al comer con moderación, la impronta social que proporcionaba el hartarse hizo que los médicos fracasaran en sus intentos por lograr «moderación» y se tuvieron que conformar en sus propuestas (propuestas que naturalmente no iban dirigidas al pobre, «moderado obligatoriamente») con enseñar a comer de manera que los manjares hicieran menos daño.

Las clases pudientes comían más carnero y porcino, de precio más elevado, y las clases populares más vaca que carnero. Para justificar su alimentación los pobres lanzaban coplas señalando lo «malo» de comer reiteradamente tantos ricos manjares:

*Y si te doy cada día
comas perdiz y capón
desearás un salpicón
de cebolla y vaca fría*

4.4 HOMBRES Y MUJERES EN LA PICARESCA

La misoginia medieval se hereda en el Renacimiento y persistirá en el siglo XVII. La «maldad» inicial de Eva hace furor entre los predicadores. La mujer, sin embargo, con la educación de la prole y su inestimable papel en los talleres artesanos familiares de la Edad Media, había ido adquiriendo algún protagonismo. Pero había otros elementos contrarios: el despertar renacentista hacia la secularización topa con una gran resistencia del teocentrismo medieval, que lucha para no verse usurpado. Poco a poco el taller «familiar» dejó de serlo en lo que venía a ser el primer capitalismo. El taller se hace «grande», rebasa lo doméstico y las mujeres de los poderosos empiezan a

ser el «objeto» que muestra la grandeza y poder del empresario . En el lote de la ostentación la mujer juega un gran papel. La mujer sometida del rico y poderoso se convierte en «modelo» a seguir por las mujeres más bajas en su categoría social. Y como todas no podían lograr el «ascenso» aparece un nuevo caldo de cultivo para la desviación. Se buscará el poder y, muy especialmente, la libertad. Engaño, robo, estafa, prostitución, convivencia con hombres de similar condición,... será la «industria» de la pícara. Hemos escogido a *Justina* para nuestro análisis porque asumiendo el precepto de superioridad del hombre, y la necesaria subordinación a aquél, no deja de reivindicar la libertad. Al ser esa libertad incompatible con las asunciones señaladas, no le queda otra que la hostilidad con astucia, la agresión y, llegado el caso, la guerra. Lo que podemos llamar el *manifiesto de Justina* no deja lugar a dudas:

Aunque es cosa tan natural como obligatoria que el hombre sea señor natural de su mujer, pero que el hombre tenga rendida a la mujer, aunque la pese, eso no es natural, sino contra su naturaleza humana, porque es cautividad, pena, maldición y castigo.

En la picaresca observamos un enfrentamiento hombre-mujer que no tiene que ver con la agresión sexual o, como diríamos ahora, con la violencia de género. Se trata de una lucha de sexos en un teatro social: es una lucha de individuos (de diferente sexo) sin pretensiones de posesión sino con afán de medro. Hay subordinación social de la mujer, es evidente, pero no se plantea en la narrativa una lucha de poder en ese sentido; a lo más, se deja ver alguna larvada forma de rebeldía femenina.

La misoginia, en la picaresca, está patente en Quevedo, que, apreciando a las mujeres y comprendiéndolas, las retrataba de modo bien distinto. Así nos lo recuerda Mas:

La misogynie de Quevedo s'edifie, comme il est normale, sur le goût des femmes. S'il dit tant mal d'elles, c'est d'abord qu'il ne saurait se passer d'elles.

Si el pícaro tenía altas probabilidades de encajar en la narrativa realista (el pícaro existía), cosa diferente podía suceder con la pícara. El protagonismo femenino, dando al autor la posibilidad de amo-

externa llega a ser elemento para el insulto y la burla. Comencemos por las referencias a la «gordura»:

*Un muy gordo tocintero,
Obligado de Medina,
Quiso servir a Justina
De galán y de escudero;
Ofrecióla vino y pan,
Queso, tocino y carnero,
Y ella le ofreció un no quiero
Tan gordo como el galán.
Muy bien la fablé yo, etc.*

Refiriéndose al tocintero, hace después la siguiente descripción:

[...] Y en este número entra un tocintero, obligado de la tocinería de Río seco, muy gordo de cuerpo y chico de brazos, que parecía puramente cuero lleno. Unos ojos tristes y medio vueltos, que parecían de besugo cocido; una cara labrada de manchas, como labor de caldera; un pescuezo de toro; un cuello de escarola esparragada; un sayo de nesgas, que parecía zarcera de bodega; una calzas redondas, con que parecía mula de alquiler con atabales; unas botas de vaqueta tan quemadas, que parecían de vidrio helado; una espada con sarampión en la hoja y viruelas en la vaina; una capa de paño tan tosco y tieso, que parecía cortada de tela de artesa. Con esta figura, salía más tieso que si fuera almidonado [...]

[...]Y, de cuando en cuando, por hacerme la fiesta, hacía un rodeón de pescuezo, cuerpo y espada (que todo parecía de una pieza) [...]

Y a lo largo de la obra hay otras muchas referencias a la «gordura», condición para la exposición del personaje y, en muchas ocasiones, la burla del mismo:

[...] Yo, luego que desperté, había rogado a una mesonera o ventera gorda [...]

Gorda y bella (hermosa) no parece ser algo fácil de casar:

[...] Señora hermosa (que aunque sea una lamparera más pasada que higo duñigal, se huelga de que la llamen hermosa y se derriete aunque sea durandarta) [...]

Y siguen las referencias a la «gordura» incluso con algunos «re-medios» que bien parece conocer Justina:

*Aquí verás la pintura del dios Baco
En una mesonara gorda y boba
Que es un puro bodego en carne humana.*

[...] Parecióme algo coja, y no lo era, sino que las gordas siempre cojean un poco, porque como traen tanta carne en el peso, nunca pueden andar tan en el fiel, que no se desquilate una balanza más que otra, y esta era gorda en tanto extremo, que de cuando en cuando la sacaban el unto para que no se ahogase de puro gorda. No la hubiera conmigo, que yo la enjutará la panza con cortezones duros y secos, que así curé yo una perrilla de una dama que tenía hastío de comer bizcochos [...]

[...] Llamábase la mesonera Sancha Gómez, y siempre se me iba el silbato a llamarla Sancha la gorda, como a la tripera de Jaén [...]

[...] Pero mi padre no se aplicó a él, porque era barrigudo y pesado [...] Se refiere a que no se aplicó al oficio de barquillero.

También a la delgadez hay referencias a lo largo de la obra:

[...] Estos traían por capitán a un mozo alto y seco, a quien ellos llamaban el obispo don Pero Grullo, y cuadrábale bien el nombre [...]

[...] Estos asturianos encontré en diversas tropas o piaras, con tales figuras que parecían soldados del rey Longaniza o mensajeros de la muerte de hambre. Lo cual creyera cualquiera que los viera flacos, largos, desnudos y estrujados, y con guadañas al hombro [...]

Comentarios sobre la vejez y su inexorable ligazón a la fealdad y a un declinar global de la persona (veremos que se aplica más «a la mujer»), según criterio que cada vez parece ser más general, encontramos en las palabras de esta pícaro:

[...] «La águila enseña a vivir sin mengua», y creo quiere decir que como el águila cuando se remoja se despide de ser vieja, púese decir que cuanto más desecha la vejez, desecha menguas que están avinculadas al estado de la senectud femenina, a lo menos, cuanto a la significación jeroglífica [...]

[...] Algunas mujeres hay de tan poco peso, que les pesa de que las llamen viejas, y no porque les pese de carecer de fuerzas con que servir a Dios (que es la causa porque les debería pesar), sino porque, aun cuando el mundo y la carne les despiden de sus vanidades, no se quieren dar por entendidas. Y no sienten otras injurias, y sienten que les digan la verdad más cierta de cuantas hay [...]

[...] Que, como dijo el otro, para que una vieja sea moza, no hay otro remedio mejor que ser mesonera o ajusticiada, porque a la del mesón no hay pasajero que no diga:

—¡Hola, señora hermosa!

Y si a una mujer la sacan a justiciar, luego dicen:

—¡La más linda mujer y de más bellas carnes que se vio jamás! [...]

[...] Sepa que la edad de una mujer en teniendo cero es de cera para en caso de andar con ella. No sin causa, mandan los obispos que los años de una persona se queden en la iglesia, en el libro del bautismo, y guarden el libro los mismos curas que guardan los pecados en secreto, todo a fin que nadie ande ni toque ni se burle con los años de nadie [...]

Y no podía faltar la visión «femenina» de la época sobre las diferencias de género en esto de envejecer:

[...] Y las fábulas refieren que en la república de Gauja, una mujer riñó con dos verdades, llamada la una vieja sois, la otra fea sois, y, finalmente, no paró hasta que las acusó falsamente por sométicas, induciendo muchas mujeres que fuesen testigos; fue de modo que quemaron públicamente por sométicas las dos verdades. ¡Mire él, si yo fuera de las mujeres de aquel tiempo, a qué figurilla se habían puesto! Siempre estas verdades saben a nueces verdes. Diráme que, pues los hombres no se añusgan de que los llamen viejos, antes se afrentan de que los llamen mozos, tampoco es justo que Justina se enoje de que se lo digan [...]

[...] sepa que los hombres, sólo por tener derecho a enfadar de oficio, huelgan que los llamen viejos. Pero las mujeres, como huelgan de ser bonazas, provechosas, salsa de gusto, pollas comedoras, rabanitos de mayo, perritos de falda, por eso gustan de parecer mocitas y desgustan de que las llamen talludas [...]

[...] la mujer, como fue hecha para ayuda de cámara, en viendo que los años se van de cámaras y los hombres las tienen por decír-

selo, ponen un gesto de pujo, y el llamarlas mozas o niñas es tañerles una almendrada. Y por eso dijo aquel gran trovador de las plateras:

*Si quies gozar lo que goza,
Y lo que el sabio aconseja,
Llamarás moza a la vieja,
Carilla y niña a la moza [...]*

Fealdad, belleza, aspecto externo, serán elementos que aparecen repetidamente en la obra, muchas veces entremezclados con el hecho de «tener más o menos»... y también, al igual que la «gordura», como pretexto para el insulto, la desconsideración o la mofa. Y no falta la relación entre el aspecto de algunas partes del cuerpo y ciertas características de la persona:

[...] Nunca gozamos las mujeres lo que vestimos, hasta que vemos que nos ven. Y así, pude decir que hasta que vi que me miraban de puntería, no supe lo que tenía puesto ni por poner [...]

[...] Así que todos convienen en que no hay gozo sin vista, y que con ella todos los gustos son tributarios del alma [...]

[...] mocito espigado, barbiponiente, bermejuelo, pintojo, espadachín, no mal talle, sino que tenía la cabeza chica, que parecía porra de llaves, señal de poco seso, y la cara hoyosa de viruelas, tal que parecía molde de picar botas. Llamábase Maximino de Umenos, y aun era menos de lo que parecía [...]

[...] nariz de alquitara, ojo de besugo cocido, pescuezo de tarasca, cuerpo de costal, piernas de rastrillo, pies de mala copla [...]

[...] Toda ella junta parecía rozo de roble. Era gorda y repolluda. No traía chapines, sino unos zapatos sin corcho, viejos, herrados de ramplón, con unas duras suelas que en piedras hacen señal. Los anillos de sus manos eran verrugas, que parecían botones de coche en cortina encerada. Nariz roma, que parecía al gigante negro. Labios como de brocal de pozo, gruesos y raídos, como con señal de sogas. Los ojos chicos de yema y grandes de clara. Gran escopidora, que si comenzaba a arrancar, arrancaba los sesos desleídos en forma de gargajos. Tenía dos lunares en las dos mejillas, tan grandes, que entendí eran botargas untadas con tinta. Parecía ella, por cierto, en la sodomía del rostro, no muy avisada, aunque para su cuento nada boba y menos descuidada. En casa destapóse, y echarán de ver cuán endiablada cara tenía, pues no bastó mi presencia para aperroquiar

el mesón de pisaverdes, que, en fin, como dijo el otro, poco puede un buen despejo donde hay un buen despego [...]

[...] Era alto de cuerpo, tanto, que unas damas a quien pidió licencia para entrar a visitarlas, se la dieron con que se hiciese un ñudo antes de entrar. Era algo calvo, señal de desamorado; ojos chicos y perspicaces, señal de ingenioso, alegre y sobrino de Venus; nariz afilada, que es de prudentes; boca chica con frente rayada, que es indicio de imaginativos; corto de cuello, que es señal de miserables; espalda ancha, de valiente; hollábase bien, más de punta que de talón, que es señal de celoso; no tenía un cornado, señal de pícaro y efeto de pobre [...]

En relación con la imagen hay algunos fragmentos que, por su interés, vale la pena transcribir en su totalidad. Así por ejemplo el que se refiere al «cambio de imagen» de Justina y que se inicia con estos *sáficos y adónicos de consonancia latina*:

*Vencido el Grullo,
Cobra gran orgullo
La hermosa Justina,
Y se determina
Salir de aldeana
Y ser ciudadana,*

Súbitamente.

*Una mañana
Se puso galana,
Y desde el mesón
Se partió a León,
Acompañada
De su camarada*

Bárbara Sánchez.

*Fue bien arreada
Y mal afeitada,
Y las que la vieron
Tal vaya la dieron,
que, en fin, se apeó
Y el afeite lavó.*

Triste picaña.

Como decíamos, el fragmento completo que hace alusión a ese «cambio de imagen» es el siguiente:

[...] Mira qué envidiosas somos las mujeres, que aun de la burra tuve envidia de verla venir tan galana. Mas no es nueva en nosotras esta flaqueza.

De Blandina dicen los poetas que tuvo envidia a la gala y colores del Papagayo y, por verse con otros tales colores y plumas, pidió al dios Apolo, o Júpiter, que no sé cuál era el hebdomadario de aquella semana, que la convirtiese en Papagayo. Hízolo Júpiter, y como Blandina era mujer apapagayada o papagayo amujerado, parlaba por Papagayo de día, y por mujer de noche. Los dioses enfadados de tanto hablar, mandaron que la enjaulasen, que, pues era Papagayo, no se le hacía agravio, que el refrán dice: «Lo que me quise, me quise; lo que me quise, me tengo yo». Ella, entonces, viendo acortados los pasos y libertad (cosa tan contra el gusto de las andadorísimas mujeres), echó de ver cuánto mejor le solía ir con sayas antiguamente que ahora con plumas de color. Pidió a Júpiter que la tornase a su menester, que mujer solía ser, y el Júpiter, que era bueno como el buen pan y debía de estar borracho cuando tal hacía y deshacía, hízolo como se lo había pedido la papagaita.

A propósito. Tuve envidia como Blandina, y por no tener que pedir a Júpiter ni a otro beodo como él, y por tener juntamente galas y colores de Papagayo y libertad de andar y hablar como mujer, envié por blanco y color a la tienda de una amiga, con que me pueda poner hecha un Papagayo real. Trajéronme buen recado, sino que yo no lo supe amasar. Recógime a un aposento, no tan defendido que no tenía dos agujeros por donde un tabernero de la calle, que vivía frontero, me solía dar unas esmeriladas de ojos en tiempo que yo solía recogerme a ser cazadora y notomista de puertas adentro, y por jalbegarme a gusto y no me ver corrida como otras veces, tapé lo desmantelado del emplente con tres cedazos, porque ya que me viese el tabernero, fuese por tela de cedazo, como a luna en eclipsi, y aun con todo eso, no me aseguré, porque era el tabernero gran astrólogo destas visiones, y eché de ver que no hube bien puesto los cedazos, cuando cernía mucho por verme, y para excusarle desta labor y a mí deste temor, volví hacia él las partes que no pensaba afeitar, y puesto el espejo en el velador, me puse un poco de blanco y color de prima postura. Ello no quedó tan bien asentado como Scévola, de quien dicen que vivía tan de asiento, que por no desasentar de una letrina, donde le dio el mal de la muerte, la

aguardó allí tan de asiento, que, aunque le quitó la vida, pero no el quedarse sentado por más de cincuenta días en aquella cátedra de pestilencia.

Podré decir desta primer postura, que la primera, en tierra. Como era la primera vez que me hojaldré, encendióseme la sangre con la bregadura y excitóse tanto el calor que me derritió el prinque, de modo que cuando llegué a la puente de Villarente, que es legua y cuarto de Mansilla, tuve por buen partido echar mi cara en remojo y lavar toda la unción, que fue la extrema de aquel año. No me pesa sino de ver el mal empleo de una salserita refina, que la reina se podía amapolar con ella. Tengo por cierto que esto de andar al olio es necesario que o sea siempre o nunca, porque lo demás es como comer de una vez para toda la semana, que ni luce ni engorda. Es linda cosa irse, entablado el rostro a tercios concertados, amoldándose con la postura y venciendo dificultades, que no se gana Zamora en una hora.

En fin, tornando a mi propósito, yo acabé de componer mi gesto, si a Dios plugo. Tras esto, me eché una saya de grana de polvo, que a fe que otra ha levantado menos polvareda; mis cuerpos de raso, un rebocño o mantellina de color turquí, con ribetes de terciopelo verde, mi capillo a lo medinés, que parecía monje de la cogujada, unas chinelas valencianas con unas medias lunas plateadas, a usanza destas nobles doncellas de Tiro, por si se ofrecía hacer alguno como el de marras. Queríanme subir los galanes, mas yo les dije que era ligera y saltaría sin ayuda de burreros encima de la burra. Puse la sobremesa, que era del bigornio que hizo la mamona a la faltriquera del dormido. En la manga de mi sayuelo metí un manto de burato con puntas de abalorio para lo que se ofreciese, y ofrecióse, como verás. Mi burra iba galana, y yo también, de modo que ella y yo parecíamos de una pieza, como lo sintieron los de Arauco de los caballos y caballeros españoles.

Partí llevando los ojos de la vecindad, que si los ojos que tras mí llevé se estamparan en mi jumenta, de burra se volviera pavón. Iba la burra orgullosa y grave, como quien sentía el favor de la carga, que no era mala, por ser yo, ni poca, porque, demás de que yo pesaba mis ciertas arrobitas, como lo podrán decir los del peso de Valencia de don Juan, donde se pesan las mozas a trigo en la iglesia, llevaba las alforjas cargadas de pepinos y cohombros, los cuales me había dado un bendito hortelano, siempre agosto y nunca angosto, el cual solía librnos a las mozas todos sus favores en estas frutillas, mas tampoco nosotras le pagábamos en mejor moneda.

También saqué algo fiambre, por no andar en León pordioseando, que como me decían que León era pueblo frío, temí que la caridad leonina no tuviese la misma propiedad.

Fui en compañía de una Bárbara Sánchez, gran mi amiga, y aun no quería yo tanta amistad como ella me ofrecía. Iban también conmigo otras mozuelas que me alababan poco por mirarme mucho. Una dellas, viéndome más lucida que todas, y aún que lo ordinario y acostumbrado en mí, a causa del nuevo acecalado, no lo pudo sufrir, y con más invidia de la fruta de mis granadas que deseo del buen suceso de mis flores, me dijo:

—Señora Justina, muy sonrosada vas.

*Yo, que siempre envido en las primeras cartas, la respondí luego—mas confieso que el haberme aforrado de primera me hizo ne-
cía de flux—, en fin, la dije:*

—Señora Brígida Román, no es lo que piensa, sino que me lavé con agua de agavanzas y amapolas.

Dio una gran risada de ver mi inocencia y de que pensase yo que había de persuadirse ella que, porque las amapolas y agavanzas son coloradas, me había de colorear a mí el agua dellas.

Confieso que respondí como inocente, que nadie nace enseñado, si no es a llorar.

La muy matrera, como vio que me llevaba de vencida, me dijo:

—Mi hijita, pues, en verdad, que habiéndote encerado el rostro de antemano con esa cera que se te derrite por el rostro, que fue mucho pegarse tanto a él el agua de amapolas y su color, que no suele el agua detenerse tanto sobre cosas enceradas.

Vime convencida de la nueva Celestina, y hube de ser confesora sobre mártir. Mas juré de nunca llevar sobre mi rostro testigos que a la primer vuelta de cordel parlan y descubren cuantos secretos les encarga una mujer honrada en su retrete. Por esta causa, y por no verme más corrida, me apeé y lavé mi rostro y garganta en una de agua, que iba mansamente murmurando de mi sencillez y de mis enemigas por entre unos amenos y deleitosos sauces. Encarguéle el secreto que tocaba tanto a mi honra. Prometiómelo, y creíla, que aunque las aguas no saben guardar secretos, pero tampoco le descubren, que es el misterio que no entendió Erasto. Mas es fácil de entender, porque el agua no tiene sujeto sólido para conservar la memoria de los secretos, pero eso para que nadie los co-

nozca en ella, porque a nada da asiento ni firmeza. Como dijo el poeta español, no conserva el agua los escritos, mas hace los secretos infinitos. Y cuando no conociera yo esta propiedad en aquella dulce corriente, bastaba ver que se iba riendo conmigo para sospechar que conmigo había de ser noble y fiel, que el agua fue símbolo de la fidelidad, por la que guarda en tornar al mar, de do nació, a pagar el tributo que debe. Estúvome tan propicia, que se detuvo a mi ruego, para que en un breve espacio remirase en ella y en sus christales mi rostro y mis mejillas, renovadas como alas de águila anciana, la cual, para renovar las plumas, pico y alas, las moja en agua viva, después de tenerlas cálidas con el fervoroso sol y concitado movimiento [...]

Hoy, que hablamos de culto a la imagen (juventud/belleza/ delgadez), de apariencia y de consumo como elementos propicios para la gestación de muchos trastornos, entre ellos los alimentarios, vemos que también el dinero y su «valor» están presentes con claridad en las reflexiones de Justina:

[...] en España, y aun en todo el mundo, no hay sino solos dos linajes: el uno se llama tener, y el otro, no tener. Y no me espanto, que la codicia del dinero es mondonguera y hace morcillas de sangre de toda broza, por ser toda de un color. Y cierto que no es de espantar que haya tantas opiniones de un linaje, porque después que en una casa entran cuatro o cinco mujeres, cada cual con su suerte, con pan de diezmo o con morcilla rellena, ¿quién atinará cuál es lo gordo, cuál es lo magro, cuál es el piñón, o cuál es el ajo o calavera? [...]

[...] En resolución, el arancel con que hoy se miden las cualidades y partes humanas es el dinero. ¿Quiéreslo ver? El dinero, para ser hermoso, tiene blanco y amarillo; para galán, tiene claridad y refulgencia; para enamorado, tiene saetas como el dios Cupido; para avasallar las gentes, tiene yugo y coyundas; para defensor, castillos; para noble, león; para fuerte, columnas; para grave, Coronas, y, en fin, para honra y provecho, es dinero, que quien esto dijo lo dijo todo. Un sabio dijo que el dinero tenía tres nombres, el uno por fuerte, el otro por útil, el otro por perfecto; por fuerte, se llama moneda, que quiere decir munición, y fortaleza; por útil, se llama pecunia, que quiere decir pegujal o granjería gananciosa y paridera, y por perfecto, se llama dinero, tomando su apellido del número deceno, que es el más perfecto [...]

Para acabar con las referencias al mundo de la imagen y la apariencia, hay tres elementos de interés y que observamos día a día en el trabajo con pacientes que presentan trastornos alimentarios y en los que la «perfecta belleza» (que pasa por la extrema delgadez) se convierte en un valor personal que, a fuerza de no alcanzarlo, les lleva a la enfermedad y aun incluso a la muerte. Me refiero a la mención al narcisismo, la idea de una belleza «global» y no fragmentada y la reflexión sobre el hecho de que no basta la belleza para el logro de cualquier objetivo vital. La reflexión sobre el narcisismo, viniendo de mujer, hace referencia al hombre:

[...] Otros daban en quererme enamorar por galas, y estos ponían todo su fin en ir muy entablados de espalda, a puro papel y engrudo; sobrepuestos de pantorrilla, a puro embutir calzas estofadas; asentados de planta, a costa de tacón delantero; borneadizos de empeña, a puro torcedor, y sobre todo descontentadizos de cuello, yendo siempre tomando el somorgujo hacia dentro, y finalmente, nunca contentos del asiento del vestido. Allí vi ser verdad que una de las nece-dades que están en la lista de España es que el galán español siempre se anda vestiendo. Mas no creo en amor, si este es amor, si no es que pensemos haber sido acaso el pintar al amor desnudo y como niño que no se sabe ni puede vestir. Al amante de veras no le ha de sobrar tanto tiempo para acordarse de su vestido, ni ha de ser su amor tan garrapato, que se quede en el vestido del mismo amante sin salir afuera. Eso llamo yo ser Narcisos de sí mismos y no amantes de sus pretendidas. Es su amor fuego de tan poca fuerza, que los enciende por de fuera, como a ungidos con agua ardiente, y por de dentro los deja fríos. Estos son amantes de entre cuero y carne, requerbradores de boca de estómago y aun estomagadores de boca [...]

Y en ese matiz «de género» también se hace expreso comentario sobre las mujeres:

[...] sentí y me dio pena que no me hablasen y mirasen, y mientras menos me miraban, más crecía en mí el pesar y el deseo. Somos, sin duda, las mujeres como puentes, que si no estamos cargadas de ojos, se abre y hiende la obra, y antes quebramos por falta de ojos que por sobra de pasajeros, aunque sean muy pesados [...]

[...] Muere muy antes una mujer por un atrevido que ofendió su honor, y aun su gusto, que por un comedido que la guarda el aire, que es un no sé qué y sí sé qué raro [...]

En cuanto a la reflexión sobre la belleza «global», Justina nos dice:

[...] Así como en un cuerpo humano vemos que su hermosura no consiste toda en ojos, que eso fuera ser el hombre puente, ni toda en pies, que eso fuera ser copla, ni toda en brazos, que eso fuera ser mar, ni toda en manos, que eso fuera ser papel, sino que también requiere la hermosura que haya uñas, cejas, cabellos, vello y otros excrementos [...]

Y, por último, no es suficiente con la apariencia...

[...] ¿De qué sirven accidentes sin sustancia, plumas sin carne, paja sin grano, apariencias sin verdad? Es disparate pensar que esto puede satisfacer a una mujer. Tal amor, ni le creo ni le quiero [...]

La comida y el ambiente de escasez aparecen en *La Pícara Justina* sin la reiteración que hemos visto en otras obras. Hay, no obstante, algunos ejemplos interesantes. Así, como expresión de aprovechar cualquier ocasión para comer y de forma metafórica para hacer referencia a otros asuntos Justina señala:

[...] ¿hame visto dejar de comer nueces por falta de muelas? [...]

Tiene tanto valor la comida, en contraste con al escasez habitual, que se usa con frecuencia para ilustrar enseñanzas:

[...] después que en una casa entran cuatro o cinco mujeres, cada cual con su suerte, con pan de diezmo o con morcilla rellena, ¿quién atinará cuál es lo gordo, cuál es lo magro, cuál es el piñón, o cuál es el ajo o calavera? [...]

Valor que la convierte en moneda para el pago:

[...] Compré de camino tres meloncitos por medio real; con los dos le pagué el alquiler del manto, con que le di tapaboca de melón para no quejarse ni de mi venida ni de su estancia. Era tina cuitada la triste melecina. Quizá se contentó porque de melón a melecina va muy poco [...]

En el ambiente de escasez y hambre, la comida se convierte también en singular elemento para la usura y la estafa: